

RUBÉN SANZ, UN TORERO MÁS ALLÁ DE LOS RUEDOS

Juan Salazar

Escritor

RESUMEN

El artículo recoge el perfil, vida taurina y personalidad de un torero atípico, con una trayectoria poco común, poseedor de una férrea voluntad por seguir su destino. Vestirse de luces en contadas ocasiones, entrenar a diario, pelear durante quince años para confirmar en Madrid, hecho todavía no acontecido, son muchas trabas, demasiadas, para

alguien nacido en una tierra alejada de los entornos taurinos. Rubén Sanz, de cuarenta y seis años, es lo que podría llamarse un «torero de culto», con unas cualidades que son un perfecto ejemplo para otras profesiones o facetas de la vida alejadas de los ruedos. Una vez más, la tauromaquia como escuela de valores.

En la actualidad, los riesgos son estimados, calculados y, en la medida de lo posible, evitados. La salud es lo primero, las medidas de seguridad se imponen, cualquier trabajador de la construcción no se desprende de su casco y arnés, los partidos de fútbol se paralizan cuando un espectador necesita atención médica, los aeropuertos y estaciones cuentan con desfibriladores..., ¡hasta es imposible tirarte por el Viaducto madrileño!

Todo está previsto, medido, calibrado. Conocemos perfectamente el tiempo que va a hacer, lo que vamos a tardar en nuestros desplazamientos, el día en el que van a llegar los envíos postales con sus oportunos códigos de seguimiento, y la hora a la que van a aterrizar los aviones.

En este entorno de previsibilidad, que anhela la máxima seguridad, ¿cuáles son las razones que llevan a una persona a jugarse la vida ante

un animal de 550 kilogramos con unos pitones capaces de rajarte de arriba abajo a las primeras de cambio?

Antaño, torear podría ser la salida a personas en situaciones desfavorecidas y dotadas de un valor excepcional, que lo veían como un modo de labrarse el futuro y dar de comer a sus cercanos. Pero, hoy día, ¿qué mueve a un joven para hacerse torero?: ¿las ganas de alcanzar la popularidad?, ¿el deseo de conseguir fama o salir a hombros de Las Ventas o La Maestranza?, ¿la ambición de hacerse rico?, ¿la propia afición y aspiración de realizarse como artista?...

Algunas, o todas ellas, son razones que concurren entre los que se visten de luces, y normalmente tienen un «periodo de validez». En general los esfuerzos que se requieren para ser torero son tan altos que, si no se alcanzan unas cotas mínimas en un plazo prudencial, la persona desiste y emprende otras actividades para abrirse paso en la vida.

Es muy habitual el caso de banderilleros o toreros «de segunda fila», que en las épocas invernales se dedican a labores alejadas de los ruedos con las que poder llevar dinero a casa, ocupaciones que se prolongan en el verano y al invierno siguiente, y al otro, de forma indefinida...

Es lo que he percibido en las conversaciones mantenidas con los que visten de luces. Por mucha afición que exista, si no se abren oportunidades, se emprenden planes alternativos. La realidad y el día a día mandan sobre nuestros anhelos.

Este fue uno de los aspectos que más me llamó la atención cuando supe de la existencia de Rubén Sanz. Recuerdo que mi buen amigo Manuel Hernández, soriano de cuna, un día me habló de un torero que todos los días acudía al coso a entrenar.

—¿Un torero de Soria? —le pregunté extrañado—, desde hace tres décadas, los años de José Luis Palomar, no había escuchado hablar de un torero de Soria, tierra en la que no se dan ganaderías de bravo y los festejos son escasos.

—Sí, Juan, tomó la alternativa hace una década, con treinta años, no ha confirmado en Las Ventas, prácticamente no torea y todos los días se prepara por si surge una oportunidad —respondió.

Esa afirmación me generó una tremenda curiosidad y ahí nació mi rubensanzismo.

Un torero de 46 años, con una alternativa tomada en Soria el 27 de junio de 2009, hace tres lustros desde la escritura de estas líneas, que sólo ha toreado 24 corridas de toros, —no llega a dos por año—, la práctica totalidad por la zona, pero que entrena todos los días y no tiene otro objetivo que seguir toreando, era una historia fascinante.

Le vi por primera vez en Cuéllar (Segovia) en agosto de 2021 y desde entonces, lo mismo que sus seguidores, no nos perdemos un festejo; estos son escasos, pero allí acudimos con devoción.

Como dice Joaquín Albaicín, están los «toreros figura» y los «toreros de culto...». Los primeros...

Llenan las plazas, pero, por lo general, con el público local. No cuentan con seguidores propiamente dichos. Les siguen los pasos los críticos, pero porque es su trabajo. Raramente arrastran gente que de verdad se gaste un duro en seguirles. Otra cosa son los toreros de culto...

Y este comentario, escrito en 2007, me recuerda el que publicó hace poco mi buen amigo Ángel Antonio Sánchez-Carrillejo, ante un festejo del torero en Fitero (Navarra):

El rubensanzismo es un movimiento postneorromántico-aurino que abanderado lo más quijotesco y querido de nuestra afición: tramando en oscuros grupos de gúasap, componiendo rimas y conduciendo por carreteras comarcales hasta perdidos pueblos de nuestra geografía. Dios los guarde.

Pero, como el protagonista de estas líneas es el torero, hablemos de él.

Rubén Sanz Carazo nació en Soria el 20 de septiembre de 1978 y como él mismo afirma, ya en el vientre de Ángela, su madre, se hizo torero. Desde que tiene uso de razón su objetivo ha sido siempre el mismo: hacerse y sentirse torero.

Soria no es una tierra especialmente taurina, pero el niño ya lo tenía claro, además, en sus inicios contó con el acicate de dos tías de su padre, María y Juana, que lo llevaban a los toros y le confeccionaban unos ternos con los que acudía a *La Chata*, el coso soriano.

De esos años quedan testimonios gráficos en los que aparece pisando el ruedo de la mano de coletas que allí toreaban. A la finalización del festejo, el niño Rubén bajaba a la arena y muy serio, como todo lo que se hace en ese lugar sagrado, daba unos lances jaleados por los espectadores que veían asombrados al infante aficionado.

A los cinco años se puso delante de una becerra en una plaza portátil ubicada en Soria, junto al puente del Duero.

Los años fueron pasando y la afición no menguó, sino que se incrementó. En el video *Diálogos en la meseta* su madre cuenta que cuando llegó el momento de hacer la Primera Comunión, ante sus ruegos, se dudó si recurrir al traje habitual, de marinerito, o vestirle con uno de luces. Parece que al final, por aquello de no llamar la atención, se optó por la primera de las posibilidades.

Vicente, su padre, simple aficionado y peluquero de profesión, con un local a escasos treinta metros del coso, veía con cierta gracia la afición de su hijo, pero confiando que «la fiebre» remitiera...

Rubén se apuntó desde un inicio a la escuela taurina de Soria, donde impartía sus conocimientos el gran maestro de la tierra José Luis Palomar.

Sus primeros pasos quedan plasmados en el libro *Algún día Rubén, serás torero*:

Torea por primera vez en público una becerra en simulacro en Navaleno. El veintidós de Agosto de 1993 mata su primer becerro de Manuel Larranz en Gómara con Diego Redondo y Antonio Oliva cortando las dos orejas y recibiendo el trofeo a la mejor faena. Ese año, el tres de octubre, debuta en Soria en un festival de la escuela taurina saliendo a hombros junto a Diego Redondo y Eduardo Jiménez. Debutó de luces el quince de Agosto de 1995 en Hontalvilla (Segovia).

Desde un principio Rubén se encontró con dificultades añadidas a las que se enfrenta quien aspira a hacerse torero, y que a cualquier mortal le hubieran hecho plantearse otros caminos y es que el chaval ganó peso, mucho peso. ¡Un torerito tan gordo!...

Los comentarios soterrados apuntaban la imposibilidad de torear con esa fisionomía y esto debió de afectarle tanto, que se vio en la necesidad de dejar de comer. Posiblemente no fuera una decisión premeditada, sino algo natural y propio de quien busca un objetivo sin pararse en naderías que le puedan impedir alcanzarlo. ¡Quiero ser torero y si tengo que evitar ingerir, pues dejo de comer!

Debieron de ser años complicados, en los que la anorexia amenazó de forma muy seria su existencia. La madre, entre lágrimas, afirmaba textualmente: «Vi que se moría».

A pesar de la ayuda de los psiquiatras, la solución no estaba en que volviera a retomar los hábitos alimenticios, sino en perder kilos, y hasta que eso sucedió, Rubén pasó por una travesía crítica. Pero, como afirma, ¿qué es vivir sin torear? Rubén cayó en la anorexia por ser torero y por la misma razón salió de ella.

Desde su primera novillada con picadores, en Soria, el 3 de octubre de 1998, hasta tomar la alternativa en dicha plaza el 27 de junio de 2009, ¡con 30 años!, su vida fue una pelea continua por acumular las 25 novilladas requeridas para hacerse matador. Ese era su sueño, ¡tomar la alternativa! Tan obsesionado estaba que, en el citado documental

Diálogos en la meseta, con torero al fondo, de Llorenç Soler, afirma uno de los entrevistados: «ojalá tome la alternativa y ojalá se retire después de tomarla».

El día soñado, sábado de Agés, hizo el paseíllo con *El Juli* y Perera enfrentándose a toros de Juan Pedro Domecq. En más de una ocasión ha contado lo mal que estuvo esa tarde; ¿bronca, almohadillazos...? nada de eso, las crónicas hablaban de una vuelta al ruedo y saludos de nuestro coleta, pero al que esto escribe le manifestó:

Lo que sucedió esa tarde es algo que no me va a volver a ocurrir y es que no quise estar mal, no quise dar un «mitin» y me traicioné a mí mismo, pretendiendo quedar decoroso; salí sin buscar lo que busco siempre: sentir el toreo.

Tras el doctorado, Rubén ha toreado poco, 24 corridas, la práctica totalidad en Soria y alrededores, atravesando un verdadero quinario desde agosto de 2015 hasta julio de 2021, seis años en los que sólo toreó algún festival, ninguna corrida de toros. ¡Seis años sin vestirse de luces!, ¿quién es capaz de seguir levantándose todas las mañanas, y retomar el estricto plan de entrenamiento con el objetivo de torear?

El año 2024 se ha presentado como una oportunidad, participando en la Copa Chenel y haciendo el paseíllo en corridas en Fitero, Torres de la Alameda y Soria.

Esa es la trayectoria del torero, algo que podría ser un ejemplo de los muchos que se dan; carreras frustradas por falta de oportunidades, o por decirlo de otra forma, por ausencia de un «padrino» o «ponedor», que aportando recursos económicos le abra puertas, pero ¿quién aguanta tantos años sin desfallecer? ¿Cuál es su motivación? Tan sencillo de decir, como imposible de ejecutar: vivir en plenitud, vivir volcado en su vocación, ajeno a todo aquello que le pueda distraer, libre, convencido a carta cabal del camino hacia la autorrealización,

superando cuantos obstáculos se le presenten y llevando la austeridad a sus últimas consecuencias. Todo ello en el siglo de la inmediatez, de la cuantificación del éxito y la fama; todo rápido o si no, abortamos y damos paso a la frustración.

Con este elemento fundamental, el lector se podrá preguntar acerca del toreo de Rubén, ¿cómo es?, ¿cómo torea?, ¿cómo calificar su estilo? Según afirman los que de esto saben, se basa en la inspiración, en sentir lo que hace delante de la cara de la res, como afirma él mismo:

Un torero tiene que tener oficio por si sale el toro malo, pero no basar el toreo en eso, en el oficio ni la capacidad, eso está bien cuando salga el toro complicado, pero no se puede basar el toreo en esa fiesta porque a mí no me gusta, no me interesa. Si yo pensara que sale un toro, hay que lidiarlo, hay que poderle, hay que estar por encima de él, hay que hacerle esto, hay que hacerle lo otro, a mí esa fiesta no me interesa, yo prefiero que brote la inspiración, que brote el toreo como uno lo siente y disfrutar y no «al toro hay que poderle y llevarlo hasta allá».

Esa personalidad y forma de pensar es la que trasluce en el ruedo, el sentimiento es el protagonista de su tauromaquia; sus pocos años de escuela taurina han sido suplidos por décadas de autoaprendizaje, por lo que, quien desee ver un torero que anhela el aplauso de faenas previsibles, estereotipadas, con manoleínas, espaldinas, arrimones, la pata *palánte*, ajustar las distancias, poderío, se va a sentir decepcionado. Ahora bien, quien busque personalidad y rechace la impostura con el abuso de la técnica, quien valore la búsqueda permanente del arrebató en forma de desmayo, contemplando el sentimiento como una expresión silenciosa del alma, y tenga dosis pacientes de fe, quizás salga satisfecho.

Si Rubén Sanz «se siente» lo que traslada es una naturalidad, un abandono, un clasicismo, un desmayo, una transparencia, unas formas tan diferentes que impactan.

Hace tiempo leí que el torero *de quilates* es el que está delante de los pitones lo mismo que si estuviera ante la barra de un bar tomando un café y entrara un morlaco, de modo que, con la misma naturalidad, sin soltar la taza, le hiciera faena: «pase por aquí, señor toro, ahora pase por allí».

Y esto lo escribe alguien que es más partidario del toreo poderoso que del toro colaborador, más «torista que torerista», pero entiendo que no pasa nada cuando las personas somos conscientes y asumimos nuestras propias incoherencias.

Recuerdo perfectamente en Soria, la tarde del 2 de julio de 2022 en la que salí transido de la plaza, con la sensación de haber visto a Belmonte en sus inicios. Reconozco la exageración, pero fue una percepción muy personal. Rubén estuvo con su primer toro como le gusta torear, natural, relajado, desmayado, desbordando arte y torearía, mientras que en su segundo se sintió superado, sin saber cómo «meterle mano», recordando a Curro diciendo eso de «no sé hacer como que hago»; en definitiva, un Belmonte principiante, con lo mejor y lo peor, con un torero enorme dentro, pero que cuando está a merced del astado se le notan sus carencias más que a otros. Rubén podrá estar bien o calamitoso, nunca vulgar. Me encantó esa tarde: personalidad y autenticidad.

Se le califica de «torero del arte», y afirma Domingo Delgado de la Cámara, que le sigue desde sus inicios, que si hubiera nacido en Jerez o Sevilla todo el mundo hablaría de su arte y del *tarrito de las esencias*.

Me insiste un amigo que describa su forma de torear y me resulta complicado, por lo que tomo las palabras de Jesús Soto de Paula, en su última obra, hablando de los «quejíos», al afirmar:

¿Existe a día de hoy ese «quejío»?[...] A día de hoy lo escuchamos en un Morante de la Puebla (el Morante del 2007 para acá, pues el anterior no me

convencia), en un Rubén Sanz de Soria, que tiene algo de aquel ángel del torear sin torear, que aludía Rafael Albaicín, y en un Juan Ortega.

¡No son malos compañeros los citados!

Otra descripción muy oportuna, es la que me hace llegar mi mencionado amigo Manuel Hernández:

Cada vez que he visto torear a Rubén me ha asaltado la sensación de que nunca hubiera existido un antes; de que me encontraba ante una verdadera primicia; de que siempre era la primera vez que se colocaba ante la cara del toro; de que todo su toreo sucedía por primera vez en su vida. Era como si en esos momentos toda la tauromaquia anterior a él se hubiera difuminado, dejándolo huérfano de cualquier recurso técnico en el que guarecerse.

Y he de reconocer que ante lo que yo percibía como una situación de desamparo, en un compasivo intento por mitigarla, más de una vez he albergado en mi interior un deseo ferviente, y un tanto ingenuo, de que el toro, hechizado ante esa insólita imagen de total indefensión, se prestará a acompasar su embestida con el absoluto desmayo del torero.

Y quizás sea ese desmayo el que contribuya a que el toreo de Rubén de la impresión de surgir de manera fluida, sin aparente esfuerzo, como si de un milagro se tratara, impregnado de la perezosa galbana que ha acompañado a los toreros de arte.

Por otra parte, y decirlo todo, también se cuestionan sus deficientes estocadas y su limitado valor, cosa de la que me permito discrepar. Considero que, en gran medida, el valor lo da la costumbre y el hábito, pasarte los pitones cerca treinta tardes al año permite foguearte, sentirte mucho más cómodo que cuando solo toreas una tarde.

Hasta aquí, el Rubén torero. «Quien quiera más que vuelva mañana», se decía en alusión a los toreros de inspiración. Ahora vamos a detenernos en el Rubén personal, pues, dicho todo lo anterior, lo que llama poderosamente la atención de él, una vez que se le trata, es su

personalidad y visión de la vida. Escucharle hablar, con su timidez y humildad innatas, resulta una verdadera maravilla. Su testimonio, desacompañado, en los tiempos que corren, es la mejor receta para afrontar los obstáculos de la vida.

Reflexionando sobre su forma de pensar y de estar en el mundo, encuentro cinco calificativos, cualidades, valores, o llámese como se quiera, para describirle, y aquí los dejo:

1.- MÍSTICA

La Real Academia, define el término con distintas acepciones como: «Que incluye misterio o razón oculta», «que se dedica a la vida espiritual» o «parte de la teología que trata de la vida espiritual y contemplativa y del conocimiento y dirección de los espíritus». Cualquiera de ellas es aplicable en este caso.

El torero desborda misterio y esta cualidad tiene su mérito, en tiempos como los actuales, donde, en palabras del filósofo Robert Redeker, autor de *Los centinelas de la Humanidad, filosofía del heroísmo y de la santidad*, estos perfiles no sólo han dejado de ser referentes, sino que son el hazmerreir.

Cuando el torero entrena, lo vive, está transido, en otra dimensión: «Oléee, jese toro bueno!... jesa ha sido buena verónica!...», se escucha al lancear en *La Chata*, a pesar de su soledad. ¿Sólo?, no, Rubén está con un toro delante, muy real, que sólo lo ve él, sólo lo ve un místico como él.

Afirma mi buen amigo Rafa Gómez, otro rubensanzista, ¿por qué nadie objeta la forma de vida de un sacerdote que abandona todo, o un alpinista que se juega la integridad ascendiendo al Everest o subiendo por una pared sin cuerdas?, ¿cuál es la razón por la que no se cuestiona la conducta de estas personas que deciden alejarse de este mundo y vivir apartadas de forma austera?, y, en paralelo, no se entiende lo que hace

Rubén que es eso, un místico entre nosotros. Lo que para un monje son los maitines o laudes al amanecer, en el caso de Rubén es sentarse todas las mañanas delante de una bicicleta estática y ver alguno de los múltiples festejos que tiene grabados.

Es un hombre que no está en este mundo y así, hablar con Rubén de dinero, ganarse la vida, generar ingresos, es mancharse la boca. El toreo es algo puro, mágico, superior.

Sin duda, ha vivido las malas prácticas que concurren en la Fiesta, como en cualquier faceta humana, pero en un encuentro, al ser interpellado por ello, nos afirmaba: «prefiero no contaros nada de eso porque perderíais la afición» y de esta forma tan elegante cambió de tema.

Por otro lado, los místicos además de cumplir con su palabra, hacen cosas insospechadas, no viven ni piensan como el común de los mortales y este año, en la Copa Chenel, con las cámaras de televisión delante, en su primer toro se dirigió a los micrófonos y brindó:

Quando era muy niño, les prometí a mis compañeros de clase que les brindaría el primer toro televisado. Jamás pensé que tardaría tanto, pero estaba seguro que llegaría. Va por mis compañeros en el colegio público Las Pedrizas.

2.- HUMILDAD

El torero es un hombre prudente, callado, introspectivo, puro, estoico, sincero, transparente, fiel a sí mismo, no es adulador ni busca el reconocimiento fácil.

Hay que ser humilde para, en su momento, reconocer ante las cámaras que vivía de la caridad de sus padres...

Recuerdo un almuerzo en el que alrededor de una mesa nos reunimos cinco comensales, en la que, además de él y del que esto escribe, estaba un periodista de insigne dinastía torera, un eximio escritor tau-

rino y un gran pensador, referencia del Humanismo hispano. Se inició la comida hablando de aspectos filosóficos y al cabo de un rato de mutismo, el torero manifestó con voz queda: «bueno, debo reconocer que yo no sé ni lo que es el Humanismo»... Nos fueron sirviendo las viandas y al final, a los postres, el único que hablaba era Rubén, estando los otros cuatro comensales embobados escuchando las reflexiones de un hombre que sin saber lo que es el Humanismo, nos estaba dando un claro ejemplo de ello.

Alguien con los pies en la tierra que sabe reconocer sus éxitos y fracasos. En el documental de Llorenç Soler, hay una imagen simpática y definitoria, cuando, a la finalización de una novillada, llama a su madre por teléfono para tranquilizarla, y sin buscar culpas ajenas, afirma:

Al primero le he pegado cuatro o cinco naturales buenos, pero al otro, ná, ruina... en lo del segundo una *mieeerda* todo muy grande, el toro y el torero, los dos, el toro era tan mierda como grande y el torero tan mierda como grande también.

3.- DETERMINACIÓN

Hay que tener mucha vocación para seguir con el mismo objetivo, aunque las circunstancias vengan mal dadas y no se presenten contratos. Los propósitos se quedan en agua de borrajas cuando las cosas se tuercen; solo unos pocos continúan, aguantan, persisten, no se desaniman.

Rubén lo tenía claro desde su infancia, como en sus inicios, con nueve años, y tras la muerte de *Paquirri*, «su novia» le pregunta si va a seguir siendo torero. Ante su respuesta afirmativa, segura y contundente, la niña decide «dejarle» para no vivir lo que vivió *La Pantoja*, sin que Rubén se cuestione cambiar sus aspiraciones por no perder a su querida «pareja».

El soriano lo tiene claro y al inquirirle si no es una locura perseguir un sueño que no llega, responde: «¿Yo loco por querer ser torero?, los locos son ellos que pierden la vida por ganar dinero».

En una ocasión le preguntamos

—Rubén, ¿qué harías con tu vida si te tocara el premio gordo de la lotería?

—Comprarme una ganadería —respondió de forma automática.

—¡Ahhh, claro!, para seguir vinculado a este mundo y ver tus toros lidiarse en las plazas...

—No, no; compraría una ganadería para tener vacas y poder tenerlas. ¡Me pasaría el día toreándolas!

En muchos foros se duda de su capacidad, valor y técnica, pero él afirma con convencimiento «no puedo pararme en los “no valgo...”, si no soy matador de toros no soy feliz. No entiendo la vida sin torear. No quiero vivir si no es por el toro».

Debió de ser muy frustrante escuchar, en los inicios, el consejo de su héroe y maestro, en este caso José Luis Palomar, de que era mejor que se retirara. «Cuanta decepción cada vez que le espetaba que no valía para torero», afirmaba su madre. Pero nuestro personaje lo tenía claro:

Yo le dije una vez a José Luis, una de esas veces que él me decía [en la época de la Escuela] «Rubén que es muy difícil que tú no vas a vivir del toro», que yo, o me muero de infarto en un patio de cuadrillas o soy matador de toros. Y lo sigo manteniendo.

No sólo su maestro, sino que sus propios vecinos le cuestionaban aseverando que no tenía/tiene futuro como torero, dando razón al adagio: «nadie es profeta en su tierra». Que en Soria, en este año de 2024, al salir a concurso la plaza, hayan licitado seis empresas y cuatro de ellas no contarán con él, ¡con el único torero local!, es sorprendente.

Resulta enternecedor cuando, antes de tomar la alternativa, después de tanto sufrimiento, su padre objeta algunos aspectos de su arte y al final le dice: «te estoy criticando...» y Rubén le responde «No, no, antes has dicho que te gustaba como torero y eso nunca te lo había escuchado». El novillero tenía 29 años...

Algunos nos echan en cara que le hacemos un flaco favor animándole, pero ¿se debe apartar a alguien de su ideal con el que, además, nos hace disfrutar?

4.- REFLEXIÓN

Rubén es torero y piensa como tal las 24 horas del día. Desconozco si en sus sueños nocturnos, —los que tiene cuando está despierto ya los conocemos—, aparecen toros, capotes y muletas, pero no me extrañaría.

En una ocasión en la que le visitamos, estaba en el coso dando lances de ensueño una fría mañana soriana y nos trasladaba: «llevo tres días sin dejar de pensar en si debo adelantar la muleta más o no, ya que el toro puede reaccionar de esta manera o esta otra... ¡hasta por la noche pienso en ello!»

Y es que no renuncia a darle vueltas; todas las mañanas entrena en una bicicleta estática viendo faenas grabadas y exclamando «¡bien!, ¡buen muletazo!» Constantemente rumiando el toreo.

Hablar con él de asuntos de técnica taurina es muy curioso ya que eso de cargar la suerte, ligar y demás, él lo lleva a «sentir el toreo», y te da una explicación absolutamente coherente con sus principios. Uno puede estar en desacuerdo, pero queda admirado del discurso, de la coherencia y de lo pensado que lo tiene todo.

La forma en que mejora su técnica se resume en una frase: «me gusta entrenar solo porque nadie me dice nada y no escucho lo de “eso es imposible hacérselo a un toro”».

El torero reflexiona mucho y no se deja llevar por los comentarios ajenos, o las posibles broncas, él es su propio juez y el más exigente, como el día que debutó de luces ante un animal de mucha presencia, afirmando que, una vez pasado el trance, ya rehecho, se sintió muy orgulloso...

... primero porque lo maté, no se me fue vivo, ¡lo maté! y lo segundo porque superar un día así, con la bronca que me formaron aquella gente del pueblo, con toda la razón, porque estuve muy mal..., pero lo que no sabía la gente era el esfuerzo, y lo contento que salí yo de ser capaz de sobreponerme y ser capaz de matarlo.

O cuando en 2022, al preguntarle por su futuro, afirmaba en una entrevista:

Pues no lo sé. Sólo sé que tengo claro el torero que quiero ser e intento cada día dar un paso más para serlo. Luego si cuentan contigo o no, no depende de ti así que yo sigo a lo mío, a entrenar y buscar torear cada día mejor, más despacio y más reunido.

Lo tiene todo muy claro; cuando se le pregunta por un asunto —taurino, cómo no—, contesta al instante y con fundamento, como si la pregunta estuviera ensayada. No rehúye, «se moja» y con hechos. Eso denota que en sus ratos de soledad no evade la realidad, tampoco la justifica, simplemente la medita.

5.- PERSEVERANCIA

Las vocaciones suelen abundar, pero la firme decisión de seguir las no es tan común. Tanto si llueve, está nevando, hace frío o calor, todas las mañanas el torero se levanta, pedalea, visualiza festejos, acude a la plaza a entrenar, come algo frugal y marcha a correr al campo.

—Pero, hombre, Rubén, ¿qué haces bajo el sol, corriendo a las cuatro de la tarde, en pleno mes de julio? —pregunta el despistado que no le conoce.

—¡Más calor se pasa con el traje de luces y hay que estar preparado! —es su lógica respuesta.

Alguien que entrena todos los días por si le llaman, que es capaz de recorrer la Península hasta la lejana Cádiz, simplemente por participar en un tentadero, que acude a Las Ventas por afición y una vez terminado el festejo se vuelve a Soria, muestra una actitud real, una perseverancia, un esfuerzo que va más allá del deseo o aspiración.

No se trata de un inconsciente o de un sujeto al que no le afecta la ausencia de contratos, en absoluto, es un hombre que lo vive y siente desánimo, no obstante, sin perder la fe en su destino y objetivo vital.

Lo que me resultó más curioso del video citado, fue que las afirmaciones del torero en 2009 son las mismas que realiza en la actualidad, quince años más tarde, con todos los sinsabores, toreando poco y sin haber confirmado. Su voluntad y fe sigue siendo la misma.

Si bien su sueño «intermedio» ya no es alcanzar las 25 novilladas para tomar la alternativa, el sueño «final» permanece incólume: torear. «No quiero torear una corrida al año, como si fuera un aficionado práctico; no, lo que yo quiero es hacer la temporada completa, desde Castellón hasta Jaén». Sus objetivos puntuales, han variado, pero el fin último de ser torero sigue inalterado.

No hablamos de un soñador, un inconsciente, es alguien que con una sonrisa afirma: «Las circunstancias son las que me han tocado y con ellas he intentado ser el mejor torero que he podido» o «sé cómo es la profesión, sé las cosas que suceden y yo lo único que puedo hacer es entrenar, intentar torear cada día mejor y más despacio y ya saldrá...».

Llegado a este punto, me parece muy descriptivo y actual lo que afirmaba de él Domingo Heras, Presidente de la Diputación de Soria en 2009:

Quizás no sea el mejor matador de toros, aunque tiene arte y calidad, pero quizás no haya ningún matador de toros ni ningún novillero con las ganas, la ilusión y la férrea voluntad de serlo.

Y esta es la pequeña semblanza de alguien que, si cien veces naciera, cien veces sería torero.

BIBLIOGRAFÍA

Albaicín, Joaquín: «Un torero de culto en Soria: Rubén Sanz», <http://opinionytoros.com>, 27-nov-2007.

Ayllón, Beatriz: «Rubén Sanz», <https://www.elespanol.com>, 24-feb-2022

Bazaga, Juan: «¿Quién es Rubén Sanz?», Tierra de Toros, Canal Extremadura, Episodio 391, 12-may-2024.

De Miguel, Andrés: «Yo fui a la alternativa de Rubén Sanz», <http://adiosmadridtoros.blogspot.com>, 1-abr-2024.

Grassa, Carlos: La tierra del toro, <https://www.latierradeltoro.es>, 5-abr-2024.

La Plaza Real: <https://laplazareal.es>, 27-jun-2009.

Soler, Llorenç: *Diálogos en la meseta, con torero al fondo*, Tanios Films, 2008.

Soto de Paula, Jesús: *Quejíos*, 2024.

Vian, Aitor: «Rubén Sanz», <https://contrabarrera6.es>, 8-jul-2022.

VVAA: *Algún día Rubén, serás torero*, Asociación Celtiberia, 2009.



Fig. 1.- Remate a modo de media verónica a un toro de El Vellofino, Soria, 30 de junio de 2024. Fotografía de Carmelo Bayo.



Fig. 2.- Redondo a un toro de El Vellofino, Soria, 30 de junio de 2024. Fotografía de Carmelo Bayo.



Fig. 3.- Natural a un toro de Pablo Mayoral, Cuéllar (Segovia), 29 de agosto de 2021. Fotografía de Carmelo Bayo.

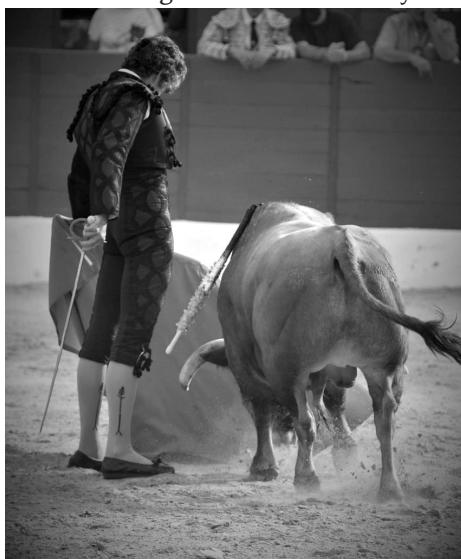


Fig. 4.- Natural a un toro de Hermanos Sánchez Herrero, en Burgo de Osma (Soria), 3 de julio de 2021. Fotografía de Carmelo Bayo.